



polvos comenzando por cerner ó tamizar todos los ingredientes, primero separadamente y después todos juntos, cuidando de triturar el lirio de Florencia con los aceites de rosas y clavo luego de haberlo tamizado y antes de agregarlo á los otros polvos. El aceite de clavo se emplea para dar mayor fuerza al olor del de rosa, pues tiene la propiedad de hacer más intenso el aroma de este último; sin embargo, hay que tener cuidado de no emplear mayor número de gotas que las indicadas en la fórmula, porque de otro modo su olor sobresaldría al de rosa. Si se prefiere puede omitirse el jabón.

#### Dolor de muelas

Acido fénico cristalizado.....	1 gramo
Clorhidrato de cocaina .....	1 »
Mentol .....	1 »
Glicerina .....	30 »

Se limpia cuidadosamente la muela ó diente con agua tibia, se seca y se aplica un algodón empapado con la receta anterior.

#### Engrudo para rótulos en latas

Para hacer un engrudo de pegar rótulos en latas, etc., que no produzca moho, tritúrese bien media libra de goma arábiga y disuélvase en

agua al baño de maría moviéndola constantemente. Luego añádanse 6 onzas de buena fécula de papas ó de trigo y 2 onzas de azúcar blanco, cocinándolo todo al baño de maría hasta que la fécula esté bien mezclada y tenga una consistencia de crema. Agréguese algunas gotas de ácido fénico como preservativo. Este engrudo servirá no sólo para pegar rótulos y etiquetas, sino para casi todos los usos de la imprenta.

#### Cola perfecta

Una cola perfecta, impermeable y muy sencilla se hace echando una libra de la mejor cola animal en agua fría, dejándola por toda una noche é hirviéndola por la mañana en tres litros de leche desnatada. O bien puede disolverse la cola sola en agua y añadirse una parte, por peso, de bicromato de potasa á 50 partes de la solución.

#### Goma común

Un buen mucílago para pegar sobres y para otros usos análogos, se hace con dos partes, pesadas, de dextrina blanca en cinco partes de agua y poniendo la solución al baño de maría. Cuando esté tibia añádasele una parte de ácido acético y una parte de alcohol.

## Para comer bien

#### Gallina en acederas

Se asa la gallina, que se parte en trozos que se rehogan con tocino y una cebolla cortada en pedazos menudos. Se echa caldo, pimienta, sal, manteca fresca, clavo y un poco de vino. Cocida la gallina y reducido el caldo, se sirve sin éste y mojada con salsa de acederas.

#### Gallineta rellena

Se destripa la gallineta y después de cocida se pican todos los menudos con un caldo que tenga miga de pan con nata, 100 gramos de manteca en pella, perejil, cebollino, setas pica-

das muy menudas y pasadas por manteca, sal, pimienta y tres yemas de huevo; se llena el interior con el relleno, cubriéndolo ligeramente con miga de pan; se dora la gallineta en manteca, se vuelve á empanar otra vez y se le da color en el hornillo. Sírvese con salsa picante.

#### Pato relleno

Se le deshuesa todo entero, se le saca cuanta carne se pueda y se pica con otro tanto de lomo de ternera: se le añade una pella de manteca, en mayor cantidad que la carne, con perejil, setas, cebollas, dos yemas

de huevos crudos y un poco de nata; se sazona convenientemente este relleno picado, con el cual se rellena el pato para cocerlo á fuego vivo y servirlo con un aderezo de castañas acomodadas con el cocimiento.

#### **Coliflor á la cubana**

Límpiese la coliflor, córtese en trozos y adérecese con sal, orégano, vinagre, un diente de ajo y unas hojas de perejil. Al cabo de hora póngase al fuego, en una cacerola con agua y sal, hasta su perfecta cocción. Escúrrase. Báñense los trozos en un batido de huevos, empapándolos bien. Rehóguense en manteca con una hoja de laurel.

Sírvanse calientes.

#### **Conejo en escabeche**

Se quitan los huesos, se mezcla con tocino y jamón crudo, se cierra y se ata con bramante; se pone á rehogar con aceite, tomillo, laurel, y cuando se ve que está rehogado porque ya no desprende zumo, se retira, se escurre y se parte en pedazos capaces de entrar en redomas pequeñas de boca ancha; cuando ya no cabe más en una se llena de aceite y se tapa con pergamino mojado, y así puede conservarse mucho tiempo; se sirve partido en ruedas en una fuente, adornada con perejil picado y aceite.

#### **Lentejas con manteca**

Limpiar bien las lentejas, ponerlas en agua tibia, hacer hervir y apartarlas un poco de lumbre; salar y cocerlas. Escurrirlas ponerlas en una cacerola con manteca de vacas,

sazonar y saltearlas algunos minutos, concluyendo con perejil picado y se quiere un poco de vinagre.

#### **Chantilly**

Este postre ha de ser hecho y comido. Se baten á la nieve media docena de huevo y se endulzan cuando estén un poco duras, continuando batiéndolas. Al mismo tiempo que una persona bate las claras otra hará lo mismo con un vaso de nata, endulzándola en el mismo vaso que aquellas. Luego que las claras y la nata estén bien batidas, se mezclan y baten, y bien aromatizadas con vainilla en polvo se vierten en un molde de flan, forrado interiormente con bizcochos finos, cerrando el molde con los que de estos últimos sean necesarios. Póngase entre hielo.

#### **Arroz á la parisiense**

Se corta en cuadraditos tocino de pecho y se rehoga en manteca de vacas con una cebolla picada; cuando todo tiene buen color se añade 250 gramos de arroz, se pone caldo hasta cubrirlo, se tapa la cacerola, se deja cocer un momento y luego se pone al horno hasta que termine de hacerse.

#### **Compota de naranjas**

Escójanse tres ó cuatro naranjas buenas.

Pártanse en cuatro partes iguales, después de quitarles las pepitas.

Colóquense en una cacerola bien espolvoreadas con azúcar. A las dos horas trasládense á una compotera y rocíense con una mezcla de ron y jarabe aromatizado con grosella.

# Compre nuestro Album de Vistas de Cartago

Impreso en buen papel, con carátula

♦ ♦ en colores, y con 54 vistas ♦ ♦

Edificio "Robert"



Vale UN COLON

# Preguntas y respuestas

El editor del MAGAZIN COSTARRICENSE tendrá mucho gusto en contestar las preguntas, siempre que vengán acompañadas de 25 cts. en sellos nuevos

San José, Julio 7 de 1910

Adjunto se servirá encontrar la suma de ₡ 0.25 en sellos de correo para que se sirva contestar la siguiente pregunta:

**Remedio práctico para hacer desaparecer las espinillas de la cara sin que ocasione algún otro daño.—Uno.**

1º Mézclese 3 onzas de alcohol y  $\frac{1}{2}$  dracma de licor de potasa. Aplíquese esta solución á las espinillas con un pincel fino. Si la solución fuere muy fuerte, agréguesele  $\frac{1}{2}$  onza de agua.

2º Una solución débil de ácido carbólico en agua de lluvia curará las espinillas producidas por el calor y las erupciones simples.

## El año 1910

(era vulgar) corresponde á los años siguientes:

- |  |  |
|--|--|
| 7644, en el Cómputo de los Setenta.                              | 393, de la Reforma de Lutero.                                |
| 6623, del Período Juliano de Escalígero.                         | 381, del Sitio de Viena por los turcos.                      |
| 5670, del Cómputo Indio.   | 212, de la invención de la máquina de vapor.                 |
| 2689, de las Olimpiadas.   | 121, de la primera Revolución francesa.                      |
| 2663, de la fundación de Roma.                                   | 80, de la muerte de Simón Bolívar.                           |
| 1910, del nacimiento de J.—C.                                    | 62, de la proclamación de la segunda República francesa.     |
| 1877, de la muerte de J.—C.                                      | 35, de la Restauración de los Borbones.                      |
| 1840, de la destrucción de Jerusalén.                            | 36, de la actual República francesa.                         |
| 328, de la Corrección Gregoriana.                                | 33, de la invención del teléfono y de los globos dirigibles. |
| 556, de la invención de la pólvora.                              | 7, del advenimiento de Pío X.                                |
| 470, de la invención de la imprenta.                             |  |
| 418, del descubrimiento de América y de la conquista de Granada. |  |

**Tiene 52 semanas, 2 días.**

# Con nuestros lectores

## EDITORIALES

**Presupuesto** Ya conocen nuestros lectores el resultado de los grandes ofrecimientos respecto de economías. Después de mucha alharaca, después de grandes declamaciones, después de artículos por la Prensa en que se ofrecía el oro y el moro, venimos á resultar con una economía total de unos trescientos mil colones al año!

Pero el profesorado de los colegios, *con dos excepciones* solamente, sufrió un rebajo en sus sueldos equivalente, para más de uno, al 50%.

La economía se hizo á costa de la enseñanza pública.

Costa Rica, que se enorgullecía, con justicia, de gastar mucho más en instrucción pública que en ninguna otra Cartera, gasta hoy, en Guerra, *dos veces más* que en escuelas!

Y después se habla mal, se critica, las administraciones de Fernández, Soto, Rodríguez, Iglesias, Esquivel y González Víquez!

Ahora cuando menos es de temer un conflicto con las repúblicas vecinas; cuando las energías, en el interior del país, están agobiadas por la crisis monetaria y por las desgracias que han assolado el país; cuando el hombre que rige los destinos del país ha llegado á la silla

presidencial por las *dos terceras partes* de los votos de sus conciudadanos, es cuando se aumenta disimuladamente la fuerza pública—y decimos disimuladamente, porque un policial vale por 10 soldados, desde luego que tiene iniciativa, autoridad, armas y se ampara al *fuero de guerra*. Se aumenta, pues, la policía de un modo alarmante, se le paga á los individuos que ocupan ese cuerpo un sueldo *mayor que los que devengan algunos profesores de 2ª enseñanza*. ¿Qué temerá el Gobierno? ¿A quién? No creemos que todo ese aparato bélico, disimulado, vaya contra el fernandismo que ayer no más le prestó el contingente de sus votos, de sus dineros, de su influencia, y que nada ha pedido ni ha recibido cosa alguna después del triunfo. Menos vemos que se despliegue semejante aparato guerrero contra el civilismo que *ni cuando tuvo oportunidad* y medios de apoderarse del mando, quiso emplearlos.

Nicaragua está demasiado ocupada con sus negocios internos, y no puede permitirse el lujo de una guerra de reconquista del Guanacaste.

A menos que nos preparemos á luchar contra los Estados

Unidos, no vemos el por qué del aumento.

**Benemérito** Gran algarazara, enorme polvareda causó la proposición del diputado Rodríguez en el Congreso para que se declare benemérito de la patria al ciudadano don Cleto González Víquez que acaba de dejar la presidencia de la república.

Fuimos adversarios del señor González Víquez hace ocho años y militamos en las filas del Sotismo; pero francamente consideramos que su conducta política como gobernante es un ejemplo digno de imitarse. Durante su administración gozaron de las más amplias libertades todos los ciudadanos y hasta se derogó, á instancias suyas la famosa ley de imprenta, legado de la administración Esquivel, una de las más funestas que hemos tenido. Tuvo sus errores y cometió algunas equivocaciones; pero no hay hombre perfecto. Además, si se gastaron grandes sumas de dinero, todas fueron empleadas en cosas útiles, ó por lo menos casi todas.

Debe culparse más á la situación económica que á él por las dificultades del Tesoro público.

Creemos que merece que se le declare benemérito porque supo respetar las libertades y eso es cosa rara, rarísima hoy.

**Injusticia** *La República* calificó así á una parte de la Memoria del ex-Secretario de Estado en el Despacho de Justicia, con motivo de algunas

apreciaciones ó declaraciones que contiene ese documento.

Injusto és el ataque, porque nadie ignora el gran retraso que sufren los expedientes civiles y criminales en los Tribunales de la República y varias quejas se presentaron por extranjeros con ese motivo.

En cuanto á la ingerencia de los Magistrados y jueces en la última contienda electoral es tan patente, tan clara su inclinación hacia un bando, que sería querer negar la luz del día, desconocerlo.

La culpa no es de la anterior administración sino del Congreso que dictó una ley especial que había de favorecer los intereses del bando que hoy está en el poder, con enorme perjuicio del otro Partido. A César lo que es de César.

**Contrabando** Don Hernán Cortés se acogió al terreno de la publicidad para defenderse del cargo de calumnia é injuria que le atribuye el Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda, don Felipe J. Alvarado. Dos hojas sueltas se han publicado ya. Por su parte, el Ministro se defiende del mismo modo. Hasta ahora, hemos podido sacar en limpio que la casa de Felipe J. Alvarado y Compañía ha sido procesada en diversas ocasiones por el delito de defraudación ó contrabando. Esos procesos han sido sobreseídos en parte, pero se han extraviado algunos documentos importantes.

Esperemos.

«Magazin» El señor don Amando Céspedes Marín, que colaboró en esta Revista en sus tres números primeros, ya no trabaja con nosotros. Agradecemos sus buenos servicios.

**Agentes** Sírvanse tomar nota nuestros agentes que toda la correspondencia debe dirigirse al propietario de este MAGAZIN, don *León Fernández Guardia*, apartado 50, San José. A algunos que aun no han arreglado sus cuentas, les suplicamos hacerlo antes del 10 del presente.

**3er. concurso** Fué ganado por las señoritas Peregrina Alvarado y María E. Bolaños, de Heredia, el primer premio, pues ambas cartas nos llegaron al mismo tiempo, á las 9 a. m. del 4 de julio. Por consiguiente dividimos el premio de ₡ 5.00 entre las dos.

El segundo premio de ₡ 2.00 fué ganado por el señor don Andrés Lucas Marín de San Juan de San José, cuya carta nos llegó á las 12½ p. m. del mismo 4 de julio. El anuncio está en la página 113 del número 3, y la frase es: «Toses crónicas, asma, bronquitis y todas las afecciones catarrales de las vías respiratorias». El anuncio es del famoso Vino de Terpinia que se vende únicamente en la acreditada Botica del Comercio. Recibimos 347 contestaciones.

**Suscripción** Llamamos la atención á los amigos que nos favorecieron con su sus-

cripción de mayo á agosto, que con el presente número queda cumplido nuestro compromiso y que deben renovar su suscripción por otros cuatro meses. A los agentes les suplicamos enviarnos las nuevas listas de suscriptores

**Anuncios** Nuestros anuncios son los mejores y los más económicos. No olviden que el MAGAZIN es leído en 3 mil hogares durante todo el mes.

**Grabados** Como siempre, publicamos hoy vistas de gran interés para la cual no omitimos ningún gasto.

**Bibliografía** Hemos recibido *Manzana de Anís* por Francis James, traducción de Enrique Díez Canedo, elegantemente editado por E. Domenech, Barcelona.

La cubierta es una obra de arte y no comprendemos cómo puedan venderse esas obras á ₡ 1.00 el ejemplar.

En cuanto á *Manzana de Anís* es una trilogía, en que con mano maestra, con el escarpelo de practicante hábil, con la filosofía del hombre de mundo el autor nos describe el alma, el espíritu, el pensamiento de tres mujeres: Clara de Ellebeuse, una jovencita cándida, mal educada, llena de prejuicios pero de ardiente imaginación se suicida creyendo haber sido deshonrada por un abrazo. Almaida de Etremont siente una pasión de fuego abrasar su pecho y se entrega á un pastorcillo que muere trágicamente. Es el

amor puro y libre. Y *Manzana de Anís* cierra el cuadro brillantemente á pesar de su cojera, con un sacrificio enorme, el de su amor.

En el número próximo daremos un compendio de *Almas anónimas* publicado por la misma casa editorial.

**Reglamento** Un amigo nuestro, *chauffeur* aficionado, nos consulta, si de acuerdo con el nuevo Reglamento de automóviles está obligado á caminar dentro del radio de la ciudad á una velocidad de 15 kilómetros por hora. Le contestamos que sí.

—Pues se acabó... No andaré más en automóvil.

—¿Por qué?

—Porque mi auto, á toda velocidad, no camina más que 10 kilómetros por hora!

Verdaderamente el Reglamento es un Reglamento *pour rire*.

¿Cómo hará la policía para probar que se camina á mayor velocidad que la exigida?

Además, 15 kilómetros por hora es poco más ó menos la velocidad de nuestros trenes.

Imagínense los lectores un tren por las calles de San José!

**Elecciones** La Provincia de Limón va á tener nuevamente elecciones. Allí la situación está definida: no existe fernandismo ó si existe es en

tan pequeña cantidad que no se puede tomar en cuenta; á menos que empleen el sistema de *forros* que tan buen resultado les dió en todo el país anteriormente. El Partido Civil y el Jimenista son igualmente fuertes. La lucha será reñida pero si *hay libertad* en la elección, no dudamos que el triunfo será del Civilismo.

**Tratado** El de Wáshington que motiva hoy el artículo del Licenciado don Luis Anderson es un tema de gran interés para el país. Deseamos oír la opinión de las personas que deseen sostener el pro ó la contra y con gusto publicaremos lo que se nos envíe al efecto.

**El Cometa** Hemos recibido la visita de ese travieso semanario tomador de pelo y decidor de verdades. Con agrado correspondemos á ella.

**Empleo** En nuestras oficinas se necesita un joven que sepa escribir en máquina y algo de contabilidad; deberá traer buenas referencias.

**Pregunta** Varios Profesores del Liceo y del Colegio de Señoritas desean saber si el Reglamento para los Colegios de 2ª Enseñanza está vigente. Tiene la palabra el señor Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública.

## TERREMOTO DE CARTAGO

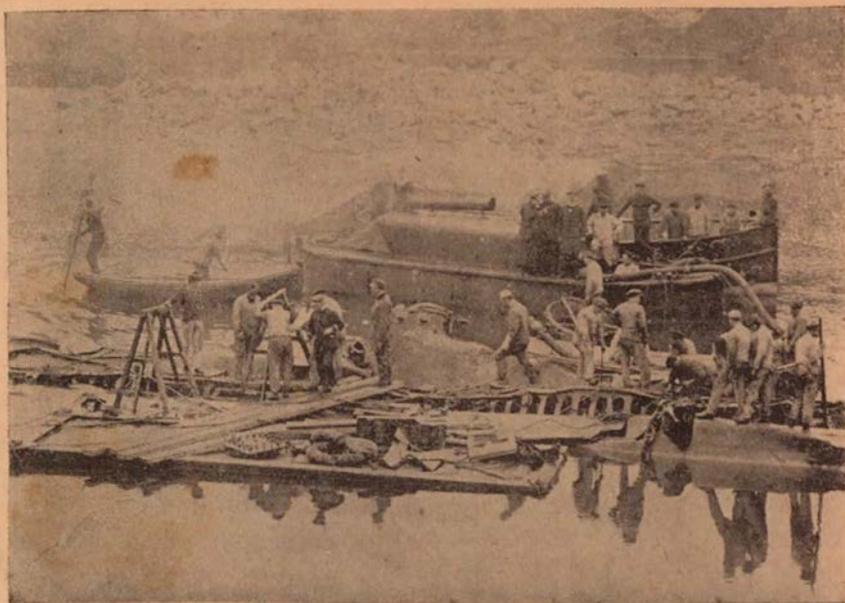


Caballos muertos por asfixia en una caballeriza



Caballo y torete de raza en la finca que posee don Ricardo Jiménez O. en la falda del Irazú.

Naufragio del Submarino "Pluivose"



Sacando del mar los restos del sumergible

Catástrofe de Villepreux (Francia)



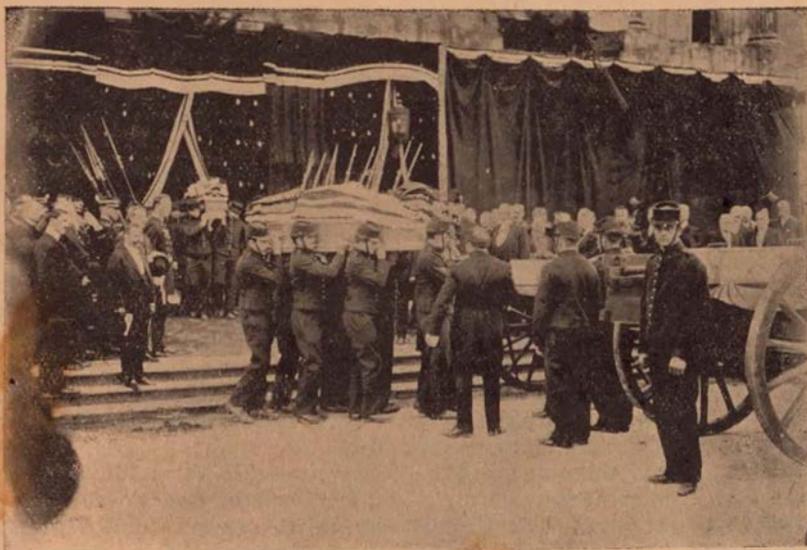
La máquina del tren después del descarrilamiento

## Nafragio del Submarino "Pluiose"



El Presidente Fallières y su cortejo en las ceremonias fúnebres.

## Nafragio del Submarino "Pluiose"



La <sup>e</sup>ceremonia del entierro de las víctimas

# EL CASO EXTRAÑO DEL DOCTOR JEKYLL

NOVELA

(Continuación)

(Véase MAGAZIN COSTARRICENSE, mayo 1910.)

## III

EL DR. JEKYLL ESTABA TRANQUILO

Quince días después, por una feliz casualidad, el doctor daba una de sus alegres comidas á cinco ó seis antiguos amigos, hombres inteligentes, respetables y conocedores del buen vino; el Sr. Utterson, que era uno de ellos, se arregló de modo que permaneció allí después de haberse marchado los demás. No fué aquello un hecho fortuito, porque ya había ocurrido otras veces. En donde querían á Utterson, lo querían de veras. Los anfitriones se complacían en tener al austero abogado, cuando los demás convidados, con la lengua suelta y el corazón alegre, habían traspasado el umbral de la puerta; les era grato permanecer algún tiempo en su discreta compañía, comenzando así á acostumbrarse á la soledad en que iban á quedar, y habituando el espíritu al silencio, pasada la exuberante alegría producida por el banquete. El Dr. Jekyll no era una excepción de esta regla; y sentado en el lado opuesto al fuego, él, hombre de unos cincuenta años, bien constituido, de rostro barbilampión, con un aspecto quizá algo disimulado, pero de apariencia inteligente y bondadosa, daba á entender que experimentaba por Utterson una amistad tan viva como sincera.

—Deseaba hablaros, Jekyll—comenzó diciendo el señor Utterson—¿recordáis aquel testamento vuestro?

Un atento observador hubiera podido notar que el asunto no era agra-

dable al doctor, pero lo acogió alegremente, al parecer.

—Mi pobre Utterson—le dijo—sois desgraciado tratándose de un cliente como yo. Jamás he visto á un hombre tan turbado como vos cuando mi testamento, excepción hecha del intratable pedante, el Doctor Lanyon, cada vez que habla de lo que llama mis herejías científicas. ¡Oh! bien sé que es un excelente compañero,—no tenéis necesidad de fruncir el entrecejo—sí, un excelente compañero, y cada día deseo verlo más á menudo; pero, á pesar de todo es un intratable pedante; un pedante declamador é ignorante. Nunca me ha contrariado tanto un hombre como Lanyon, ni me he equivocado con otro, como con él.

—Ya sabéis que jamás he aprobado vuestro testamento—dijo el señor Utterson, volviendo al tema de su conversación.

—¿Mi testamento? Sí, ciertamente; lo conozco—añadió el doctor algo contrariado—ya me habíais hablado de eso.

—Pues bien, os lo vuelvo á decir—continuó el jurisconsulto—he sabido algo respecto del tal Hyde.

La ancha y hermosa cara del doctor Jekyll palideció, y un círculo negruzco se dibujó alrededor de sus ojos.

—No deseo oír nada más—exclamó;—pensaba que no volveríamos á hablar de esa cuestión, según lo teníamos convenido.

—Lo que he sabido es horrible—dijo Utterson.

—No puedo variar nada; no com

prendéis mi situación —replicó el doctor, con cierta incoherencia.—Mi situación es penosa, Utterson; mi situación es verdaderamente extraña; muy extraña. Es uno de esos asuntos que no se pueden arreglar con palabras.

—Jekyll—dijo Utterson—me conocéis; soy hombre en quien se puede confiar y á quien todo se puede decir. Decidme toda la verdad en confianza, y tengo la seguridad de poder sacaros de esa situación.

—Mi buen Utterson —repuso el doctor—lo que hacéis es bueno, es francamente una gran bondad de vuestra parte, y no puedo hallar expresiones suficientes para daros las gracias. Os creo en absoluto; me fiaría de vos antes que de cualquiera otro hombre, antes que de mí mismo, si tuviese que escoger; pero no es lo que os imagináis; no es tan malo; y para tranquilizar vuestro buen corazón, os diré una cosa, y es que en el instante mismo que yo quiera, podré librarme, desembarazarme del señor Hyde. Dicho esto, hé aquí mi mano; gracias otra vez. Sin embargo, quiero añadir una palabra, Utterson, y estoy persuadido de que no la llevaréis á mal: ese es un asunto privado, y os ruego que lo dejéis dormir.

Utterson reflexionó un momento, mientras seguía mirando al fuego del hogar.

—No dudo que quizá tengáis razón—dijo, en fin, levantándose.

—Pues bien, ya que hemos hablado de este asunto, y por última vez, según lo espero—siguió diciendo el doctor—hay un punto que desearía haceros comprender bien. Tengo, realmente, grandísimo interés por ese pobre Hyde. Sé que lo habéis visto; me lo ha dicho, y temo que haya sido grosero. Pero tengo afecto, muchísimo afecto por ese hombre; y si llego á perecer, Utterson, deseo que me prometáis sufrirlo y hacer valer sus derechos. Creo que lo haríais si lo supiéseis todo, y aliviaríais á mi espíritu de un gran peso si me lo prometiéseis.

—No puedo asegurar, á pesar de

todo, que llegue á quererle—dijo el abogado.

—No es eso lo que os pido—contestó Jekyll, como si defendiese una causa, y apoyando la mano sobre el brazo de Utterson—no os pido más que justicia; os pido que le ayudéis por amor á mí, cuando yo no esté aquí.

Utterson no pudo impedir que se le escapara un profundo suspiro.

—Bien—dijo—lo prometo.

#### IV

#### EL CASO DEL ASESINO DE CAREW

Un año después, poco más ó menos, en el mes de octubre de 18\*\*\*, la ciudad de Londres quedó horrorizada por un crimen que demostraba una brutalidad poco común, siendo el hecho más ruidoso aun á causa de la alta posición de la víctima. Una criada que vivía en una casa situada cerca del río, subía á acostarse hacia las once. Aunque la neblina había cubierto á la ciudad durante las primeras horas del día, la noche estaba clara, y la callejuela á la cual tenía vistas la ventana del cuarto de la criada, se hallaba brillantemente iluminada por la luz de la luna llena. Nuestra mujer tenía ideas románticas, pues se sentó sobre su baúl, que estaba colocado precisamente al lado de la ventana, y se entregó por completo á sus ensueños.

Jamás—acostumbraba á decir, derramando lágrimas, cuando refería después el acontecimiento—jamás se había sentido tan en paz con todos los hombres, ni había tenido ideas tan buenas acerca del mundo. Hallándose sentada así, vió á un caballero de edad, de buen porte, con el pelo blanco, que caminaba casi rozando la pared de la callejuela; á su encuentro fué otro caballero, de pequeña estatura, en quien no había reparado ella al principio. Cuando llegaron bastante cerca uno de otro para poder hablar, el hombre de más edad se inclinó acercándose al otro con la mayor deferencia.

No pareció que el objeto de su pregunta fuese de grande importancia; y, según su manera de hablar, podía suponerse que sólo preguntaba el camino; la luna se reflejaba en su rostro mientras hablaba, y la muchacha se alegraba de verlo, porque parecía indicar un carácter ingenuo, con un no sé qué de altivo, y como de amor propio bien fundado.

En esto, los ojos de la joven se volvieron hacia el otro personaje, y le sorprendió reconocer en él á un Sr. Hyde, que había una vez visitado á su amo, y cuya presencia le desagradó. Tenía en la mano un pesado bastón, con el cual jugaba; no contestó, y parecía apartarse con una impaciencia mal contenida. De pronto tuvo un terrible acceso de cólera, pateando, blandiendo el bastón y agitándose como un loco (según los términos mismos empleados por la criada). El señor anciano retrocedió un paso, como sorprendido y ofendido; pero el Sr. Hyde, arrebatado, le acometió á palos y lo derribó. Al mismo tiempo, y con la furia de un mono, pateó el cuerpo, y le descargó una lluvia de golpes bajo los cuales se rompían los huesos, rodando la víctima hasta el arroyo. Viendo aquellos horrores y oyendo los golpes, la muchacha perdió el conocimiento.

Eran las dos de la madrugada cuando volvió en sí y fué en busca de la policía. El asesino había huido hacía ya tiempo, y la víctima yacía en medio de la callejuela, horriblemente mutilada. El bastón que sirvió para cometer el delito, aunque de madera dura, rara y pesada, estaba roto por la mitad á causa de los golpes dados con una ferocidad insensata; uno de los pedazos había quedado allí, y el otro debió, probablemente, llevárselo el asesino. Al registrar á la víctima, se le encontraron una bolsa y un reloj de oro, pero ninguna tarjeta ni papeles, salvo un sobre cerrado y sellado que iba, sin duda, á echar al correo y en el cual estaban escritos el nombre y las señas del Sr. Utterson.

Aquel sobre fué llevado al abogado

al día siguiente por la mañana, antes de que se levantase; así que lo vió y supo las circunstancias en que había sido encontrado, sus labios se contrajeron.

—Nada diré hasta haber visto el cadáver — exclamó — esto puede ser muy serio. Servíos esperar á que me vista. Y con la misma cara impassible tomó su desayuno, y partió en coche hasta el vecino puesto de policía en donde se encontraba el cadáver.

Tan pronto como entró en la celda, inclinó la cabeza y dijo:

—Sí, le reconozco. Tengo el sentimiento de decir que es Sir Danvers Carew.

—¡Dios mío! ¿Será posible?, caballero — exclamó el agente de policía. Y sus ojos brillaron con el fulgor de la alegría del oficio. — Este asunto hará ruido y quizá podáis ayudarnos á encontrar al asesino. — Luego refirió rápidamente lo que había visto la criada, y enseñó el pedazo roto del bastón.

Utterson se había estremecido ya al oír el nombre de Hyde; pero cuando le enseñaron el bastón no le quedó la menor duda; roto y todo, lo reconoció, por habérselo regalado hacía muchos años á Enrique Jekyll.

—¿Es Hyde — preguntó el abogado — persona de pequeña estatura?

—Es pequeño, y tiene muy mala mirada, según ha declarado la criada — añadió el agente.

Utterson reflexionó; luego, levantando la cabeza, dijo:

—Si queréis venir conmigo, en mi carruaje, creo poder llevaros á casa del asesino.

Serían, entonces, las nueve de la mañana, y era el día de gran neblina de la estación. Un inmenso velo sombrío cubría la ciudad, pero el viento rompía de cuando en cuando aquellas nubes de vapor, y como el coche caminaba con precaución, Utterson pudo presenciar á su sabor un continuo cambio de sombras y de luz; pues ya la obscuridad era como al anochecer, ya se veía, por el contrario, una claridad viva como la que proyecta un incendio, y ya, por fin

la neblina se desvanecía completamente y un descolorido rayo de luz penetraba por entre los torbellinos de nubes.

El triste barrio de Soho, visto á través de aquellos rápidos claros, con sus calles enfangadas, sus transeuntes sucios, sus faroles encendidos para poder luchar contra aquella invasión de obscuridad, parecía en la mente del abogado como la parte de una ciudad presentada en una pesadilla, entrevista en sueños. Sus pensamientos, además, eran lúgubres, y al volver la vista hacia su vecino de coche, sintió algo de ese temor que inspiran siempre la ley y sus representantes, y que puede experimentar hasta el hombre más honrado.

Cuando el carruaje llegó frente al número indicado, la neblina se disipó un poco y le dejó ver una calle sucia, una taberna, una casa de comidas de precio ínfimo, una tienda en donde vendían periódicos á cinco céntimos y lechugas á dos cuartos, muchos niños harapientos acurrucados en las puertas de las casas, y numerosas mujeres de distintas nacionalidades que iban y venían llevando en la mano las llaves de sus cuartos, de donde salían para ir á tomar el trago de la mañana. Poco después, la neblina volvió á ser intensa, y se halló separado de todos aquellos desagradables cuadros.

Allí estaba la residencia del favorito de Enrique Jekyll, de un hombre que debía heredar la cuarta parte de un millón de libras esterlinas.

Una mujer de edad, de rostro pálido y cabello blanco, abrió la puerta. Tenía mala cara, aunque suavizada por la hipocresía, pero sus modales nada dejaban que desear.

—Sí—dijo—aquí vive el Sr. Hyde, pero no está en casa.

Añadió, que había llegado por la noche, muy tarde, y que había vuelto á salir haría poco menos de una hora; nada de particular había en eso; sus costumbres eran muy poco uniformes, y estaba á menudo ausente; en prueba de ello, dijo que hacía dos meses no le había visto, hasta la tarde del día anterior.

—Perfectamente, deseamos ver su habitación—dijo el abogado—y como la mujer empezaba á manifestar que era imposible—bueno es que sepáis—continuó—que el señor es el inspector Newcomen del distrito de Scotland.

Un relámpago de siniestra alegría brilló en el rostro de la mujer.—¡Ah!—exclamó—¿tiene que haberse las con la policía? ¿Qué ha hecho?

Uttersson y el inspector cambiaron una mirada.

—Parece que no es hombre muy popular—observó el inspector.—Y ahora, buena mujer, permitidnos hacer un examen minucioso de la habitación.

En toda la extensión de la casa, que estaba enteramente vacía salvo la presencia de la vieja, Hyde sólo ocupaba dos piezas, que se hallaban adornadas con lujo y buen gusto. Un armario estaba lleno de botellas de vino, la vajilla era de plata, la mantelería elegante, de la pared colgaba un buen cuadro, regalo (supuso Uttersson) de Enrique Jekyll, quien era muy inteligente en pinturas, las alfombras gruesas y de colores agradables. Pero en aquel momento había en las dos habitaciones indicios numerosos de un desorden reciente y precipitado; se veían trajes en el suelo, con los bolsillos vueltos para fuera; en el hogar un montón de ceniza gris, como si hubiesen quemado muchos papeles. De entre las cenizas, calientes aún, sacó el inspector el lomo verde de un libro talonario de vales, que había resistido á la acción del fuego; la segunda parte del bastón roto se encontró detrás de la puerta; y como confirmaba las sospechas, el inspector se regocijó de ello. Una visita al Banco, en donde el asesino tenía un crédito de varios miles de libras, completó su satisfacción.

—Podéis estar seguro, caballero—dijo el inspector á Uttersson—de que caerá en mi poder. Es preciso que haya perdido la cabeza, pues de otro modo jamás hubiera dejado aquí el trozo del bastón roto, ni el pedazo del libro talonario. No tene-

mos más que esperarlo en el Banco, y mandar publicar los anuncios con su filiación.

Sin embargo, esas señas no eran fáciles de dar, pues el señor Hyde tenía pocas intimidades; el amo de la criada sólo le había visto dos veces; no se tenía ninguna noticia respecto de su familia; jamás había sido fotografiado; y aquellas personas que pudieron describirlo, no estuvieron conformes en muchos puntos, como acostumbra suceder comunemente con los observadores inexpertos. Sólo convenían en una cosa, en esa idea vaga de una deformidad difícil de describir, que había llamado la atención de cuantos lo habían visto.

## V

### INCIDENTE DE LA CARTA

Era ya muy entrada la tarde cuando Utterson llegó á la puerta de la casa del Doctor Jekyll, en donde fué recibido por Poole, quien lo condujo por las cocinas y atravesando un patio, que en otro tiempo fué jardín, hasta el edificio llamado indistintamente laboratorio ó gabinete de disección. El Doctor había comprado aquella casa á los herederos de un célebre cirujano; pero como sus aficiones particulares le inducían más bien á la química que á la anatomía, había cambiado de destino del edificio situado al extremo del jardín. Era la primera vez que el abogado penetraba en aquella parte de las habitaciones de su amigo; examinó su curiosidad aquel edificio desaseado y sin ventanas; miró á su alrededor con extrañeza, mientras atravesaba la sala que antes se llenaba de estudiantes, y ahora se hallaba vacía y silenciosa. Las mesas estaban cubiertas materialmente de aparatos químicos, y el suelo de tarros y de manojos de paja. La luz bajaba oscura desde la cúpula, como en medio de una atmósfera nebulosa; en el extremo, unos cuantos escalones conducían á una puerta tapada con un lienzo rojo, y pasando por esa puerta,

entró, en fin, Utterson en el gabinete del doctor. Era una pieza espaciosa, adornada con armarios con puertas de cristal, y entre cuyos muebles se veían un espejo grande, de cuerpo entero, y una mesa escritorio. Ese gabinete recibía luz por tres ventanas cubiertas de polvo, con vistas al patio. El fuego chisporroteaba en el hogar; una lámpara estaba colocada sobre la piedra de la chimenea, pues hasta dentro de la casa dejaba sentir sus efectos la neblina; muy cerca del fuego se hallaba sentado el Doctor Jekyll, al parecer, enfermo de cuidado.

No se levantó para ir al encuentro de su amigo, pero le alargó una mano helada, y le dió la bienvenida con una voz conmovida.

—Y bien—le dijo Utterson, así que Poole se había marchado—¿ya sabéis la noticia?

El Doctor se estremeció.

—La voceaban por el barrio—contestó.

—Lo he oído todo desde mi comedor.

—Una sola palabra—repuso el abogado—Carew era cliente mío, vos también lo soís, y deseo saber lo que debo hacer. ¿Habéis sido bastante loco para ocultar á ese hombre?

—Utterson, juro por Dios—exclamo el Doctor—que jamás volverán mis ojos á mirarlo. Os doy mi palabra de honor de haber concluído con él en este mundo. Todo tiene fin; y, en realidad, no necesita mi ayuda; no lo conocéis como yo; está en lugar seguro; atended bien á mis palabras, no volverá nunca más á tratarse de él.

El abogado escuchaba con tristeza; la actitud febril de su amigo no le agradaba.

—Parecís estar muy seguro de él—le dijo—y por lo que os estimo, espero que tendréis razón. Si el asunto llega á los tribunales, vuestro nombre podrá salir á luz.

—Estoy completamente seguro de él—replicó Jekyll—para semejante certidumbre, tengo razones que no me es posible comunicar á nadie. Pero hay un punto respecto del cual

podéis darme consejo. Tengo. . . he recibido una carta, y estoy dudando si debo ó no enseñarla á la policía. Desearía dejarla en vuestro poder, Utterson; vos juzgaréis la cosa con saber y prudencia, estoy cierto de ello; ¡tengo tanta confianza en vos!

—¿Teméis, probablemente, que esa carta pueda llegar á hacerlo descubrir?—preguntó el abogado.

—No—contestó el Doctor—no puedo decir que me preocupe lo que ocurra á Hyde; he concluído enteramente con él. Sólo pensaba en mí mismo; hasta dónde podría exponerme ese deplorable asunto.

Utterson reflexionó durante algunos instantes; le sorprendía el egoísmo de su amigo, y sin embargo, quedó en cierto modo tranquilo.

—Pues bien—dijo—dejadme ver la carta.

La carta estaba escrita con una letra extraña, casi perpendicular, y firmada: «Eduardo Hyde.» Decía, en términos breves, que su bienhechor, el Doctor Jekyll, á quien desde tanto tiempo había recompensado tan indignamente las mil generosidades de él recibidas, no tenía que afligirse ni alarmarse en cuanto á su salvación, pues, para escapar, poseía medios en los cuales tenía absoluta confianza.

La carta agradó bastante al abogado, porque parecía dar un color más favorable á la amistad que existía entre Hyde y Jekyll; y se censuró interiormente por algunas sospechas que había llegado á concebir.

—¿Tenéis el sobre?—le preguntó.

—Lo he quemado—repuso Jekyll—antes de reflexionar en lo que podía contener; pero no tenía sello de correo. La carta ha sido traída á la mano.

—¿Debo guardar la carta y esperar á mañana para tomar una determinación?—preguntó Utterson.

—Os ruego que juzguéis vos mismo y que obréis como os parezca mejor—le contestó;—he perdido toda confianza en mí mismo.

—Bueno, examinaré la cosa—replicó el abogado—pero me queda todavía que haceros una pregunta. ¿Fue

Hyde quien dictó las frases de vuestro testamento referentes á esa desaparición?

Pareció que una gran debilidad se apoderaba del doctor; apretó los labios y bajó la cabeza.

—Lo he sabido—dijo Utterson—tenía intención de asesinaros; ¡de buena habéis escapado!

—Pero hay algo que me ha contrariado mucho más que el peligro; ¡oh! ¡Dios mío, qué lección he recibido, Utterson!—Y se cubrió el rostro con las manos.

Al salir, detúvose el abogado y cambió algunas palabras con Poole.

—Decidme ¿han traído hoy una carta? ¿A quién se parecía el portador?

Poole afirmó que nada habían llevado sino por el correo, y sólo circulares.

Ante aquellas afirmaciones, Utterson volvió á experimentar sus antiguos temores. La carta habría llegado, sin duda, por la puerta del laboratorio. También era posible que hubiese sido escrita en el mismo gabinete del doctor; y en este caso, era preciso apreciarla de otro modo, examinarla con el mayor cuidado y con gran prudencia.

En la calle, los chiquillos, vendedores de periódicos, gritaban con voz ronca: «¡Edición extraordinaria! ¡Horrible asesinato de un miembro del Parlamento!»

Esa fué la oración fúnebre de un amigo y cliente; y el abogado no podía dejar de temer que la buena fama de sus amigos se viese comprometida de rechazo en aquel escándalo. De todos modos, era una determinación difícil la que tenía que tomar, y aunque generalmente acostumbraba á fiarse de su propio discernimiento, comenzó á sentir la necesidad de pedir consejo á algún otro, si no directa, indirectamente.

Poco después, estaba sentado junto á la chimenea de su cuarto, y el Sr. Guest, su primer pasante, enfrente de él, teniendo entre ambos, á una distancia bien calculada del fuego, cierta botella de vino añejo, especial, que durante mucho tiempo ha-

bía permanecido en la cueva de la casa. La neblina se cernía aún sobre la ciudad, y los faroles encendidos brillaban como carbunclos. En medio de los ruidos de todas clases, que las espesas nubes hacían más sordos, la vida general de la ciudad seguía su curso ordinario en las grandes arterias, imitando el ruido poderoso de un fuerte viento.

Pero, gracias á la lumbre, el cuarto tenía un aspecto alegre; el vino había llegado ya al grado de calor deseado; el rojo había adquirido con los años tonos más suaves, parecidos á los colores tamizados de las vidrieras ojivales; al ardor de las calientes tardes de otoño sobre las colinas plantadas de viñas iba á poder salir de su recipiente y dispersar las neblinas de Londres. Poco á poco el abogado se fué volviendo más expansivo. No había hombre para quien tuviese menos secretos que para el Sr. Guest; y hasta creía haberle confiado demasiados. Guest había ido á menudo á casa del doctor para tratar de asuntos; conocía á Poole; era imposible que no hubiese oído hablar de la familiaridad con que el Sr. Hyde era tratado en casa del doctor; por consiguiente, debía haberse formado una idea, una opinión; ¿no era, pues, conveniente, enseñarle una carta que podría explicar quel misterio? Y, además, siendo Guest un buen estudiante y perito en autógrafos, consideraría aquel paso como muy natural y corriente.

El pasante era, además, hombre de buen juicio; le hubiera sido difícil leer un documento tan extraño sin dejar escapar alguna observación, y según fuese ésta, podría Utterson orientar su futura conducta.

—Es un triste suceso ese de Sir Danvers—dijo el abogado.

—Sí, señor. Ha excitado vivamente el sentimiento público—repuso el Sr. Guest.—Aquel hombre debía estar loco.

—Me gustaría saber vuestra opinión sobre eso—contestó Utterson.—Tengo aquí un documento en forma de carta. . . esto con reserva y

entre los dos, pues ignoro aún lo que haré; de todos modos es un negocio feo, pero he aquí el documento; es nada menos que el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest brillaron; se recostó en la silla y leyó el documento con el mayor interés.

—No,—señor—dijo—no es un loco, pero la letra es muy extraña.

Y según parece, el que lo escribió es también un hombre extraño—añadió el abogado.

Precisamente en aquel mismo instante, entró el criado con una carta.

—¿Es el Doctor Jekyll, señor—preguntó el pasante;—me parece haber reconocido la letra. ¿Algún asunto privado?

—Me invita á comer, nada más. ¿Por qué? ¿Queréis ver la carta?

—Sí, permitidme por un momento. —Y el pasante colocó una al lado de la otra ambas ojas de papel, y las comparó cuidadosamente.

—Gracias, caballero—dijo al fin, devolviéndole una y otra—es un autógrafo muy interesante.

Se sucedió una pausa, durante la cual tuvo lugar una lucha en el ánimo del Sr. Utterson, que de repente preguntó al pasante:

—Guest, ¿por qué habéis comparado esas dos cartas:

—Pues bien, Sr. Utterson. hay entre ellas una rara semejanza; las dos letras son idénticas en muchos puntos; sólo difieren en su oblicuidad.

—Es cosa original, ¿verdad?

—Sí, señor, muy original—contestó Guest.

—No pienso hablar á nadie de esta carta, ¿me entendéis?—dijo el abogado.

—Sí, señor—contestó el pasante—ya comprendo.

Tan pronto como Utterson se quedó solo, se apresuró á guardar el documento en la caja de hierro, en donde permaneció siempre.

—¡Cómo!—pensó.—¿Será posible que Enrique Jekyll haya falsificado la letra de un asesino?—y la sangre se le heló en las venas.

## VI

NOTABLE INCIDENTE DEL  
DR. LANYÓN

Transcurrió algún tiempo; ofreciéronse miles de libras esterlinas de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fué considerada por todos como un ultraje público, pero Hyde había desaparecido á pesar de las investigaciones de la policía, lo mismo que si jamás hubiese existido. Desentrañáronse, descubriéronse muchas cosas respecto de su vida pasada, y verdaderamente, el conjunto era vergonzoso. Refirieronse historias sobre la crueldad á la vez insensible y violenta del hombre, sobre su vida abyecta, sus extraños conocidos, sobre el odio que había ido dejando tras sí; pero del momento presente, ni siquiera un indicio. Desde la mañana del asesinato, en que había dejado la casa de Soho, había desaparecido por completo; poco á poco, y con ayuda del tiempo, Utterson comenzó á reponerse de sus temores, y su tranquilidad fué aumentando. A su juicio, la muerte de Sir Danvers se hallaba ampliamente compensada con la desaparición de Hyde. Ahora que aquella nefasta influencia no se ejercía, el Doctor Jekyll tenía una vida nueva. Dejó el encierro, reanudó las relaciones con sus amigos, volvió á ser su huésped familiar y su anfitrión, y como antes por su caridad, se hizo entonces notar por sus sentimientos religiosos. Estaba ocupado á menudo, fuera de su casa; tenía buena salud; su rostro parecía más franco, más dilatado, como si sintiese el golpe de rechazo del bien que hacía; y durante más de dos meses el doctor llevó una vida apacible.

El ocho de enero, Utterson había comido en casa del doctor en compañía de un pequeño grupo de invitados, Lanyón entre ellos; las miradas del doctor se dirigían de unos á otros, como en otro tiempo, cuando formaban los tres un trío de amigos inseparables. El doce, y después el catorce, cerróse la puerta para el

abogado: «el doctor está encerrado en sus habitaciones—decía Poole—y no recibe á nadie.» El quince trató otra vez de entrar, pero obtuvo igual negativa; y como durante los dos meses que acababan de transcurrir, se había acostumbrado á ver á su amigo casi todos los días, aquella vuelta á la soledad influyó en su ánimo. Cinco días después convidó á Guest á comer, y al siguiente se decidió á ir á casa del Doctor Lanyón.

Allí, á lo menos, no se le negó la entrada; pero desde que llegó junto al doctor, quedó sorprendido por el cambio operado en todo su ser. El doctor llevaba escrito en su rostro el signo de la muerte. Aquel hombre de tez sonrosada, se había vuelto pálido; sus carnes estaban caídas; distintamente se le veía más calvo y más viejo; pero no fueron sólo aquellas visibles pruebas de rápida decadencia física lo que llamaron la atención del abogado, sino más bien la mirada y la manera de ser del doctor, testimonio evidente de algún terrible espanto en su espíritu. Era poco probable que el doctor tuviese miedo á la muerte; así lo sospechó Utterson.—Es médico—pensó,—debe conocer su estado y saber que sus días están contados; y esa revelación es superior á lo que sus fuerzas le permiten soportar.—Y como Utterson le hizo notar su mala cara, el doctor con un acento de gran firmeza, le declaró que estaba perdido.

—He sufrido un choque—dijo el doctor—y no volveré á recobrar nunca la salud. Es cuestión de algunas semanas. Sí, la vida ha sido agradable; la he querido; sí, señor, tenía el hábito de quererla. Pienso algunas veces, que si lo supiésemos todo, nos iríamos con más gusto.

—Jekyll está enfermo también—indicó Utterson.—¿Lo habéis visto?

Pero el rostro de Lanyón cambió, y levantó la mano temblorosa:

—Deseo no volver á ver ni oír jamás hablar del Doctor Jekyll—exclamó con voz trémula.—Todo ha concluído entre él y yo, y os ruego que evitéis cualquier alusión á alguien á quien considero muerto.

—Veamos—dijo Utterson, después de un largo silencio:—¿puedo seros útil para algo?—éramos tres viejos amigos, Lanyón; no viviremos lo bastante para tener otros.

—No hay nada que hacer—repuso Lanyón;—interrogadle más bien á él.

—No quiere verme contestó el abogado.

—No me sorprende—añadió Lanyón;—quizá algún día, cuando yo haya muerto, sabréis, Utterson, lo fuerte y lo débil de todo esto. No puedo decíroslo ahora, Y además, si queréis permanecer sentado y hablar con migo de otras cosas, por amor de Dios, quedaos y hablad; pero si no podéis evitar tocar ese punto, ¡oh! entonces en nombre de Dios, idos, pues no puedo sufrir esa conversación.

Así que regresó á su casa, Utterson escribió á Jekyll, quejándose de ser excluído, de no ser recibido por él, y preguntándole la razón de su desdichada ruptura con Lanyón. Al siguiente día, recibió una larga contestación, En la cual empleaba Jekyll expresiones muy patéticas, y á veces, con intensión, términos oscuros y misteriosos. La disputa con Lanyón no tenía remedio ni arreglo. «No censuro á nuestro viejo amigo—escribía Jekyll—pero pienso como él, que no debemos volver á vernos. Desde ahora me propongo á llevar una vida absolutamente retirada: no os sorprendáis y dudéis de mi amistad. si mi puerta está á menudo cerrada hasta para vos. Es preciso que me soportéis dejándome seguir mi sombrío camino. Llevo conmigo un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el principal culpable, soy, también, la víctima principal. No creía que esta tierra pudiese contener un sitio para sufrimientos y terrores tan inhumanos; y vos, Utterson, no tenéis que hacer más que una cosa, aliviar mis sufrimientos, y para ello, respetar mi silencio.»

Utterson quedó pasmado: separada la nefasta influencia de Hyde, había vuelto el doctor á sus antiguas

inclinaciones y amistades; hacía una semana que sus ojos se habían alegrado ante repetidas pruebas de una dulce y honrada vejez; y ahora, pocos instantes después, amistad, tranquilidad de espíritu, todo el orden de su vida quedaba roto de nuevo. Un cambio tan grande y tan imprevisto indicaba, evidentemente, locura. Pero recordando el estado y las palabras de Lanyón, debía haber en todo aquello algún misterio más grave.

Una semana después, el Doctor Lanyón tuvo que meterse en cama, y antes de los quince días murió. La tarde que siguió á los funerales, que le afectaron profundamente, Utterson abrió la puerta de su gabinete, y sentándose junto á la melancólica claridad de la luz, sacó una gaveta y colocó en frente de sí un sobre que le había sido dirigido por su difunto amigo, cerrado con su propio sello. Ese sobre llevaba la enfática inscripción siguiente: *Personal. Para ser entregado en manos del mismo Sr. Utterson solamente, y en el caso haber fallecido antes que yo, para ser destruido sin leer su contenido.* El abogado temía abrirlo. «He enterrado á un amigo hoy—pensaba—¿qué sería si esto me costase otro?» Luego, considerando este temor como un acto poco leal, rompió el sello. Pero había un segundo sobre, sellado lo mismo que el primero y en el cual se hallaban escritas estas palabras: *No debe ser abierto antes del fallecimiento ó de la desaparición del Doctor Enrique Jekyll.* Utterson no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Otra vez la desaparición; otra vez, como en aquel insensato testamento que había devuelto hacía ya tiempo á su autor, la idea de desaparición y el nombre de Enrique Jekyll estaban juntos.

Pero en el testamento, la idea de desaparición era debida á la siniestra sujeción de Hyde, estaba allí con un fin harto claro y harto horrible. Mas, en la pluma de Lanyón, ¿que significaba aquella palabra? Una gran curiosidad se apoderó del fideicomisario; tuvo deseos de no

atender á la prohibición y de penetrar hasta el fondo, en busca de todos aquellos misterios.

Pero su profesión y la confianza que tenía en su difunto amigo le imponían severos deberes; de modo que el paquete fué á descansar en el más secreto cajón de su cofre particular.

Si por una parte su curiosidad se hallaba mortificada, por otra parecía excitada con violencia; y casi puede dudarse si desde aquel momento deseó Utterson con igual behemencia la sociedad del amigo superviviente. Pensaba en él con afecto, si duda; pero sus ideas estaban perturbadas y eran temerosas. Fué á verlo, sin embargo; quizá se congratuló de no ser conducido hasta su presencia; quizá también, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en la escalera y en medio de la atmósfera y de los ruidos de la gran ciudad, á penetrar en aquella casa en donde reinaba una esclavitud voluntaria, y sentarse á hablar con su impenetrable prisionero. Poole, además, no tenía nada bueno que comunicarle. El doctor, al parecer, se encerraba más que nunca en su gabinete ó en el laboratorio, en donde llegaba algunas veces, hasta á quedarse dormido. Estaba muy triste; hablaba poco, no leía, y hubiérase dicho que pesaba algo sobre su ánimo. Utterson estaba ya tan acostumbrado á aquellas respuestas idénticas, que poco á poco fué disminuyendo las visitas.

## VII

### INCIDENTE DE LA VENTANA

Aconteció un domingo, que dando su acostumbrado paseo con el señor Enfield, la casualidad los condujo de nuevo á pasar por la callejuela; cuando llegaron frente á la puerta, ambos se detuvieron un instante para examinarla.

—En fin—dijo Enfield—esa historia ha concluído. No volveremos á ver al Sr. Hyde.

—Así lo creo—repuso Utterson.—¿Os he dicho que lo ví una sola vez

y que experimenté la misma repulsión que vos?

—Éra imposible verlo sin experimentar ese sentimiento—añadió Enfield.—Y sea licho de paso ¡por cuán tonto me habréis tenido, al saber que yo ignoraba que esta puerta trasera conducía á casa del Doctor Jekyll! Y por cierto que vos habeis sido la causa de que yo buscase y de que haya encontrado.

—Habéis hallado, pues, la comunicación ¿no es verdad?—preguntó Utterson—y ya que la conocéis, ahora podríamos detenernos en el patio y echar un vistazo á las ventanas. A deciros verdad, estoy inquieto respecto del pobre Jekyll; y hasta en mi interior siento una voz que me indica el bien que podría quizá procurarle la presencia de un amigo.

El patio era muy frío y también un poco húmedo; reinaba en él un crepúsculo prematuro, aunque el cielo estaba aún brillantemente iluminado por los rayos del sol poniente.

La ventana del medio se hallaba entreabierta, y sentado detrás de ella, tomando el aire, con un rostro muy abatido, como el de un preso inconsolable, vió Utterson al Doctor Jekyll.

—¡Hola! Jekyll—le gritó—sopongo que estáis mejor.

—Estoy muy decaído, Utterson—contestó el Doctor tristemente, con voz apagada.—No será por mucho tiempo, gracias á Dios.

—Permaneceis demasiado encerrado—siguió diciendo el abogado.—Deberíais salir para hacer ejercicio, como lo hacemos Enfield y yo. Es mi primo, el señor Enfield, el Doctor Jekyll.—Venid, ponéos el sombrero y venid á dar una vuelta con nosotros.

—Sois demasiado bueno—repuso el Doctor;—bien lo quisiera; pero no, es enteramente imposible. No me atrevo. Pero, de veras, Utterson, me alegro que hayáis venido; es realmente una alegría para mí el veros. Quisiera preguntaros á vos y al señor Enfield, pero el lugar no es del todo conveniente.

—¿Por qué?—exclamó el abogado

con afabilidad; lo mejor que podemos hacer es permanecer aquí abajo, y hablar con vos desde el sitio en que estamos.

—Era precisamente lo que iba á atreverme á proponeros—replicó sonriendo el Doctor. Pero pronunció las palabras con dificultad; y antes que la sonrisa hubiese desaparecido por completo de su cara, ésta expresó un terror y una desesperación tales, que nuestros dos caballeros sintieron helárseles la sangre en el cuerpo.

Todo aquello duró nada más que un momento, pues la ventana fué cerrada instantáneamente; sin embargo, aquel instante les había bastado, y dieron media vuelta, saliendo del patio para cambiar algunas palabras. Atravesaron en silencio la callejuela, y sólo cuando llegaron á una calle inmediata, en la cual, á pesar de ser domingo, había alguna animación, fué cuando Utterson se volvió, por fin, hacia su amigo y lo miró.

Ambos estaban pálidos, y había en sus ojos una expresión de horror tan grande que decía bastante por sí misma.

—¡Que Dios nos perdone! ¡Que Dios nos perdone!—exclamó Utterson.

El señor Enfield hizo gravemente un signo con la cabeza, y siguió en silencio su camino.

## VIII

### LA ÚLTIMA NOCHE

Una tarde, después de comer, Utterson estaba sentado junto al hogar, cuando quedó sorprendido por la visita de Poole.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que os trae por aquí, Poole?—le dijo el abogado; y mirándolo de nuevo, añadió:

—¿Qué os pasa? ¿está enfermo el doctor?

—Sr. Utterson—contestó el criado—hay algo que va mal.

—Tomad asiento, y aquí tenéis un vaso de vino para vos—añadió Utterson.—Ahora, sin ninguna prisa,

decidme con sinceridad lo que deseáis.

—Conocéis la manera de vivir del Doctor—empezó á decir Poole—y sabéis como se encierra. Pues bien, se ha encerrado de nuevo en su gabinete, y no me gusta eso, Sr. Utterson, estoy asustado.

—Y ahora, mi buen Poole, ¿por qué estáis asustado? Hablad claro.

—Me asusté hace una semana poco más ó menos—contestó Poole, evitando con algo de mal humor la pregunta que le hacía—y no puedo ya soportar más la cosa.

El aspecto del hombre justificaba completamente sus palabras; y salvo el instante en que por primera vez había hablado de su espanto, no había vuelto á mirar á la cara del abogado. Aun después, permanecía con el vaso apoyado sobre la rodilla, pero sin beber, y sus ojos se fijaban en un punto del techo.

—No puedo soportar más tiempo eso—volvió á repetir.

—Vamos—dijo Utterson—veo que tenéis un verdadero motivo para hablar así, Poole; veo que hay algo que anda verdaderamente mal. Procurad decirme lo que es.

—Creo que ha habido algún crimen—añadió Poole con voz ronca.

—¡Un crimen!—exclamó el abogado muy asustado, y dispuesto á parecer más irritado aún—¿qué crimen? ¿qué queréis decir con eso?

—No me atrevo á decirlo, señor, pero ¿queréis venir conmigo y verlo vos mismo?

Por toda contestación. Utterson se puso en pie, tomó su sombrero y una capa de abrigo, y notó con sorpresa el rostro del criado, quien le pareció como aligerado de un gran peso; observó también, con no menor sorpresa, que el vino no había sido tocado.

La noche era fría, noche propia del mes de marzo; la luna estaba pálida y en su último cuarto, como si el viento la hubiese volcado; algunas nubes rápidas y diáfanas corrían por el cielo. El viento furioso impedía hablar y cruzaba la cara; había, además, ahuyentado á los transeun-

tes y limpiado las calles de gente. Decía Utterson que no había visto nunca tan desierto aquel barrio de Londres, y no era precisamente lo que hubiera deseado en su interior; jamás durante toda su vida había sentido un deseo tan vivo de ver y tocar á sus semejantes, pues volviendo al curso de sus ideas lóbregas, tenía el presentimiento de que se encaminaba hacia una gran desgracia.

Cuando llegaron á la plaza, todo estaba lleno de polvo; los árboles descarnados del jardín parecían fustigarse entre sí á lo largo del muro. Poole, que durante el camino se había adelantado uno ó dos pasos, se detuvo bruscamente en medio de la calle; á pesar del frío, se había quitado el sombrero y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo encarnado. No obstante la rapidez de su marcha, no era el sudor producido por ella lo que enjugaba, sino el producido por la angustia que le sofocaba, pues su rostro estaba pálido y su voz era dura y ronca.

—En fin, señor—dijo—hemos llegado, y quiera Dios que no haya sucedido nada malo.

—Amén, Poole—contestó el abogado.

En esto, el criado llamó con precaución; abrieron la puerta, pero no la cadena, y una voz preguntó desde adentro:

—¿Sois vos, Poole?

—Yo soy—dijo Poole—abrid la puerta.

El recibimiento estaba brillantemente alumbrado; un gran fuego ardía en la chimenea, y en derredor todos los criados, hombres y mujeres, confundidos, se estrechaban unos contra otros como un rebaño de carneros. Al ver al señor Utterson, una criada fué acometida de contorsiones histéricas; y el cocinero, exclamando:—¡Bendito sea Dios! es el Sr. Utterson!—corrió hacia él como queriendo abrazarlo.

—¿Qué hay? ¿estáis todos aquí?—dijo el abogado con aire triste.—Es muy irregular, muy inconveniente, y disgustaría mucho á vuestro amo.

—Todos están asustados—repuso Poole.

Desconcertados, permanecieron callados, ninguno protestó contra aquellas palabras; la doncella sola dejó oír su ahogado llanto y sus gemidos.

—Callad, de una vez—le dijo Poole, con un acento tan brutal que demostraba hasta qué punto tenía los nervios sobreexcitados; y realmente, cuando la doncella había lanzado gritos de desesperación, todos se estremecieron mirando la puerta interior, con espanto en los rostros.

—Y ahora—añadió Poole dirigiéndose al mozo de cocina—dadme una luz, y vamos á saber la verdad de este asunto.

Rogó al Sr. Utterson que le siguiese, y le enseñó el camino que conducía al jardín.

—Andad lo más despacio que podáis—dijo Poole—y sin ruido; os ruego que escuchéis y que no dejéis oír nuestras pisadas. Tened cuidado, señor, de no entrar, si por casualidad os llamase.

Ante esta inesperada recomendación, Utterson se estremeció y casi quedó desconcertado; pero pronto recobró su valor, y siguió al criado á través del laboratorio, de la sala de anatomía con sus vasos y sus botellas, y llegó al pie de la escalera. Poole le indicó que permaneciese á un lado y escuchase, mientras que él, dejando la luz, y apelando visiblemente á todo su valor, subió los peldaños, llamando con temblorosa mano, es decir, dando algunos golpecitos sobre la tela encarnada del gabinete.

—El señor Utterson desea veros, señor—dijo el criado; y al hablar hacía seña con viveza al abogado para que escuchase.

Una voz contestó desde el interior:

—Decidle que no puedo ver á nadie—y sus palabras parecían un largo quejido.

—Gracias, señor—respondió Poole, con cierto acento de triunfo en la voz; y tomando otra vez la luz, condujo á Utterson por el patio hasta la gran cocina, en donde el fuego

estaba apagado y los grillos saltaban por el suelo.

—Señor—dijo mirando á Utterson—¿os parece que era aquella la voz de mi amo?

—Sí, parece haber cambiado mucho—contestó Utterson muy pálido, y mirándole también.

—Cambiada, no cabe duda—añadió el criado.—¿Hubiera estado yo veinte años al servicio de mi amo para engañarme de ese modo respecto de su voz? No, señor, la voz de mi amo ha desaparecido y también él; ha sido muerto, hace ocho días, cuando le oímos gritar el nombre de Dios; ¿quién está aquí en vez de él? ¿y por qué ese sér está aquí? Todo eso pide venganza ante Dios, señor Utterson.

—He aquí una extraña relación, Poole, que más bien parece relación salvaje, mi buen hombre—dijo Utterson mordiéndose los dedos.—Supongamos que la cosa fuese tal cual la creéis; supongamos que el Doctor Jekyll haya sido asesinado, ¿por qué se empeñaría el asesino en permanecer aquí? Esa historia no se sostiene por sí misma; la simple razón se niega á creerla.

—Bueno, Sr. Utterson, sois hombre difícil de convencer, pero sin embargo, llegaré á lograrlo—contestó Poole.—Es preciso que sepáis, que durante toda la última semana, él, ó sea quien fuere el que esté en aquel gabinete, gritaba noche y día para tener una especie de droga y no podía lograrla como la deseaba. Mi amo acostumbraba algunas veces á escribir sus órdenes en un papel y echarlo por los escalones. Desde hace una semana, eso es todo cuanto tenemos de él; nada más que papeles y una puerta cerrada; con respecto á los alimentos, colocados sobre los peldaños, iba á retirarlos á escondidas. Pues bien, señor, todos los días y aun dos ó tres veces en un día, he sido enviado corriendo á todos los drogueros de la ciudad. Cada vez traía el producto, pero otro papel

me mandaba volver, porque no era puro y tenía otra orden para distinta casa. Necesita, pues señor, en absoluto aquella droga por una razón cualquiera.

—¿Tenéis alguno de esos papeles?—preguntó Utterson.

Poole buscó en sus bolsillos y halló un papel arrugado, que el abogado examinó cuidadosamente acercándose á la luz. Su contenido decía lo siguiente: «El Doctor Jekyll saluda á los señores Maw, y les asegura que la última muestra es impura y no sirve para el objeto deseado. En el año de 18\*\* el Doctor J. adquirió una cantidad bastante grande en casa de los señores M., y hoy le ruegan que busquen con la exactitud más escrupulosa, y si quedase de igual cantidad, que se la envíen inmediatamente. No hay que reparar en el precio. La importancia de la cosa para el Doctor Jekyll está por encima de cuanto pudiera decir.» Hasta allí la carta estaba bastante correctamente escrita, pero entonces la emoción le había vendido, y hubiérase dicho que había materialmente aplastado la pluma contra el papel al añadir las siguientes palabras: «Por el amor de Dios, enviádmela de igual calidad que la antigua».

—Es una extraña nota—dijo Utterson, y luego añadió con severidad:—¿cómo la habéis tenido abierta?

—El dependiente del Sr. Maw estaba furioso, señor, y la echó hacia mí como si hubiese sido una cosa repugnante—repuso Poole.

—¿Sabéis si esta nota es con seguridad de puño y letra del Doctor?—preguntó el abogado.

—He pensado que la letra se parecía á la suya—dijo el criado con tono áspero; y luego, cambiando de tono, añadió:—¿pero qué importancia puede tener una nota escrita, cuando le he visto á él en persona?

—¿Le habéis visto?—repitió Utterson.—¿Y bien?

(Continuará)

# Sombrerería Universal

DE  
**ROBERTO MAROTO BRENES**

25 varas al Norte del Correo

» *San José de Costa Rica* «

Se arreglan chisteras, bombines, sombreros de paño y de pita, conforme las exigencias del gusto más refinado.

Venta de materiales para sombrereros, al por mayor y menor, á precios los más módicos y sin competencia.

Especialidad en la fabricación de sombreros, contando con los mejores materiales de casas de Estados Unidos y Europa y surtido completo de los mismos á satisfacción de todos nuestros clientes.

## CUCHILLERIA

DE

**GASPAR SALVADOR**

**LO MEJOR**

Cortaplumas, TIJERAS, Cuchillos, Puñales, Navajas, Cubiertos, Máquinas de afeitar, Estuches de viaje, y toda clase de herramienta cortante.

**LO MEJOR**

**SAN JOSÉ — CALLE CENTRAL**

**SASTRERIA NACIONAL**

DE

**MARCELO VECCHI**

San José — Costa Rica

\*\*\*\*\* TRAJES DE ETIQUETA \*\*\*\*\*  
Vestidos para Militares y para Sacerdotes

Opuesto á la Botica Nueva de San José  
50 varas al Sur del Teatro Variedades



---

# ALBUM D DEL TER DE CA

54 vistas de la ciudad y del volcán Irazú

Impreso en papel superior con literatura descriptiva en español é inglés.  
Datos científicos muy importantes.

Cubierta en cuatro colores.

Precio, libre de porte ₡ 1.00  
ó cincuenta centavos oro am.

“Magazin C

P. O. Box 50  
Edificio “Robert”



---

# E VISTAS REMOTO RTAGO

54 views of the Cartago Earthquake

Printed on the best coated paper,  
with complete description in english  
languaje, and the best scientific data.

Bind in four colors.

==== Post-paid ₡ 1.00  
or fifty cents am. gold.

ostarricense”

---

SAN JOSE, C. R.

---



# Adolf Dolder & Cía.

IMPORTADORES Y EXPORTADORES

**BOCAS DEL TORO (Panamá)**

**TELAS**

de Algodón, Lana y Seda.

**CASIMIRES**

Camisas, Medias, Sombreros.

**ZAPATOS**

los mejores de Estados Unidos.

**REVOLVERES**

Rifles, Cápsulas, Fulminantes.

**MEDICINAS**

de Patente, y muy frescas.

**MATERIALES**

de construcción, etc., etc., etc.

Cable Adress: — "DOLDER" Bocas. — Code: A B C, 5th Edition

**GRAN ALMACEN**

**LA ESPERANZA**

DE

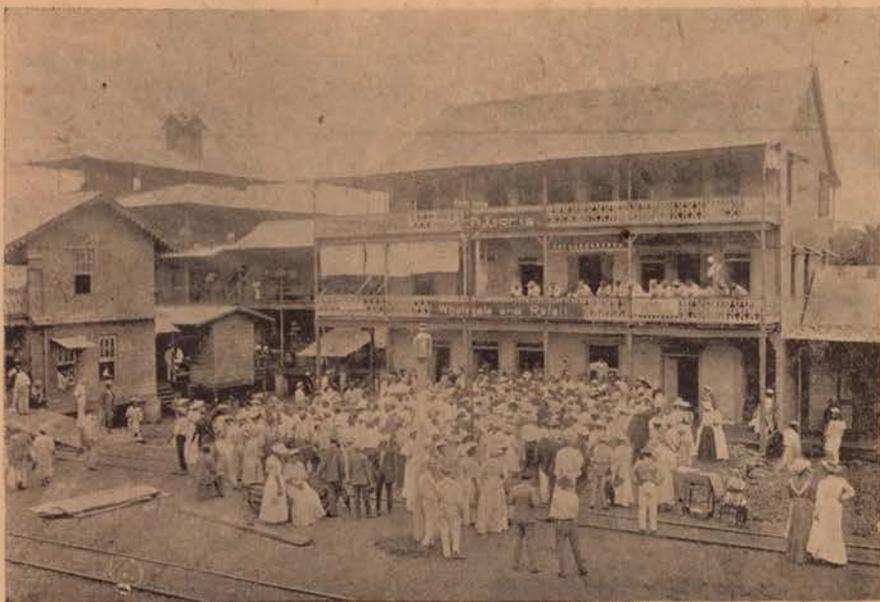
**ROGELIO BERNINI**

**Heredia, C. R.**

Surtido Nuevo y Variado de Ferretería,  
— Loza y materiales de construcción —

Gran variedad de abarrotes muy frescos, y en general  
buenas mercaderías — á precios bajos — sin competencia

Para sus cantinas sin rival, se importan los Vinos y Licores de mejor  
calidad de las casas más acreditadas de la sin rival y vieja Europa.



# ISAAC LORIG SIQUIRRES

Costa Rica

IMPORTADOR y EXPORTADOR

El Mejor Comisariato de la Línea  
constantemente surtido de mercaderías frescas

LA MEJOR CANTINA  
Y EL MEJOR RESTAURANT

BREVA  
**STAR**



PRECIO ₡ 12.50

Lata 228 tabletas

De venta en

**LA MASCOTA**

San José — Costa Rica

**CANTINA**

Y

**ABARROTOS**



**Jesús Cubero Vargas**

ESQUINA NOROESTE

DEL

PARQUE CENTRAL

San José — Costa Rica

**EL LABERINTO**

GRAN FABRICA

DE

**JABONES**

Y

**VELAS ESTEARICAS**

Establecida en Enero de 1910

SAN JOSÉ, C. R.

Nuestros artículos son siempre  
de Primera Calidad

Pruebe nuestro Jabón  
y no volverá á usar otro

Es muy superior á TODOS los que  
Usted HAYA USADO hasta ahora.

G. de Benedictis

E. de Benedictis

# IMPERIAL HOTEL

PALACE HOTEL

Y

HOTEL FRANCÉS

The Only First Class Hotel  
for Tourists  
in Central America

CONFORTABLE ROOMS  
FIRST CLASS CUISINE

Most Centrally Located and Moderate Prices

## San José, Costa Rica

América Central

# TARIFA DE CABLEGRAMAS

(Por cada palabra)

<i>De Costa Rica á:</i>	Vía Galveston	<i>De Costa Rica á:</i>	Vía Galveston
Alaska, toda oficina	¢ 2 25	Japón, vía Londres	¢ 5 45
Alemania	2 25	México: Ciudad, Veracruz, Coatzacoalcos y Salina Cruz	0 70
Argentina, Buenos Aires	1 25	México, demás oficinas	0 75
Argentina, otras oficinas	1 65	Nueva Zelandia, vía Banfield	2 80
Australia, vía Banfield	2 80	Nueva Zelandia, vía Londres	3 80
Australia, vía Londres	3 80	Noruega	2 40
Austria, toda oficina	2 30	Oceania, Islas Nordfolck y Fiji, vía Banfield	2 80
Bélgica, toda oficina	2 25	Oceania, Islas Fanning	2 75
Bolivia, toda oficina excepto Panza	1 70	Panamá, toda oficina	0 70
Brazil, toda oficina	1 85	Perú: Lima, Callao y Barranco	1 05
Brazil: Souve, Mosqueiro, Pinheiros, Cameta, Breves, Grupá, Chares, Pacapa, Montealegre, Santarén	2 60	Perú: Arenal, Catacoas, La Huaca, Piura, Sojo, Sallonay y Viriate	0 90
Brazil: Alenquer, Ovidos, Parintis, Itacatiara y Manaos	3 25	Perú: otras oficinas	1 40
Canadá, toda oficina	1 75	Rusia Europea	2 55
Canadá, territorio del Noroeste	1 80	Salvador, La Libertad	0 40
Chile: Valparaíso Iquique Santiago	1 25	Salvador, otras oficinas	0 45
Chile: Coquimbo, Guayacán, Vallediyongo, Sesina, Vallemar, Hirasco	1 40	Suecia	2 45
Chile: Antofagasta, Tacna y Arica	1 50	Suiza	2 30
Chile: Caldera, Carrizal, Copimpo	1 60	Uruguay, Montevideo	1 45
Chile, demás oficinas	1 30	Uruguay, otras oficinas	1 65
China, Macao, vía San Francisco	3 30	Venezuela: Puerto Cabello, Maracaibo, Carúpano, Puerto Lamar, Higueroate, Barcelona, Cumaná	5 20
China, Macao, vía Londres	5 30	Venezuela, otras oficinas	5 00
China, otras oficinas, vía S. Franc <sup>o</sup>	4 05		
China, otras oficinas, vía Londres	5 20		
Colombia, Buenaventura	0 70		
Colombia, otras oficinas	0 90		
Cuba, Habana	1 85		
Cuba, otras oficinas	1 95		
Curazao	4 70		
Dinamarca	2 25		
Ecuador, Guayaquil y Santa Elena	0 80		
Ecuador, demás oficinas	0 90		
España, Barcelona	2 45		
España, demás oficinas	2 50		
Estados Unidos, toda oficina	1 65		
Filipinas, Luzón, Manila y demás oficinas, vía San Francisco	3 95		
Filipinas, Luzón, Manila y demás oficinas, vía Londres	5 30		
Filipinas, demás Islas, vía San Francisco	4 15		
Filipinas, demás Islas, vía Londres	5 55		
Francia	2 25		
Gran Bretaña	2 25		
Haway, Honolulu	2 30		
Honduras, toda oficina	0 45		
Holanda	2 25		
Hungría	2 30		
Italia	2 30		
Japón, vía San Francisco	4 75		

	Vía Panamá	Vía Galveston
<b>LAS ANTILLAS</b>		
Antigua	¢ 2 90	¢ 3 35
Barbados	3 35	3 95
Cuba, Habana	2 30	1 85
Demás oficinas	2 75	1 95
Curazao	3 20	4 70
Dominicana	3 05	3 25
Grenade	3 35	3 50
Guadalupe	3 00	3 75
Haytí: Cabo Haytiano, San Nicolás, Puerto Príncipe		4 00
Jamaica, Kingston	3 25	2 60
Demás oficinas, incluyendo mensajes dirigidos solamente á Jamaica	2 45	2 60
Los Santos	5 55	3 95
María Galante	5 55	3 95
Martinica	3 10	3 75
Puerto Rico	2 50	3 20
San Cristóbal	3 10	3 50
Santa Cruz	2 75	3 80
Santa Lucía	3 15	3 40
Santo Tomás	2 60	3 65
San Vicente	3 25	3 45
Santo Domingo	5 00	4 60
Trinidad	3 50	3 70

**Hay que agregar cinco por ciento á esta Tarifa por el cambio**

NOTA.—A los precios de los cablegramas se agregarán los derechos correspondientes á los telegrafos de Costa Rica y Nicaragua.—(Respecto de esta última República, por disposición de su Director General, se cobrarán dobles después de las 6 p. m.)

La tarifa de telegramas para el interior de Costa Rica y Centro América es de: 25 céntimos por las 10 primeras palabras y 5 céntimos por cada cinco palabras adicionales en español; en otro idioma 35 céntimos por las primeras 10 palabras y 15 por cada cinco adicionales.

La tarifa de telegramas en Nicaragua es de: 40 céntimos por las primeras 10 palabras y 15 céntimos por cada cinco palabras adicionales en español; en otro idioma ¢ 1.00 por las primeras 10 palabras y 40 céntimos por cada cinco palabras adicionales.

# ITINERARIO del Ferrocarril de Costa Rica

RUMBO AL OESTE (Lea para abajo)										ESTACIONES	RUMBO AL ESTE (Lea para arriba)													
Domingo, solamente	Diario	Diario, excepto Domingo	Diario, excepto Domingo	Diario, excepto Domingo	Domingo solamente	Domingo solamente	Miérc. y sábado solamente	Diario, excepto Domingo	Domingo solamente		Diario	Diario, excepto domingo	Domingo solamente	Marés, Miérc. Viet., Sábado	Lunes y Jueves	Miércoles y Sábado	Sábado solamente	Domingo solamente	Diario, excepto Domingo	Diario	Diario	Diario, excepto Domingo	Domingo solamente	
									p.m.	a.m.	a.m.													
									2 45	6 00	10 00		.....	Limón	.....									
									2 55	6 15	10 10		.....	Moin Junction	.....									
									2 55	6 15	.....		.....	Moin Junction	.....									
									3 12	6 30	.....		.....	Castro	.....									
									3 51	7 25	.....		.....	Zent	.....									
									4 01	7 45	.....		.....	Estrada	.....									
									.....	.....	10 10		.....	Moin Junction	.....									
									.....	.....	10 45		.....	Saborío	.....									
									4 01	7 45	10 25		.....	Estrada	.....									
									p.m.	4 09	8 00	10 56		.....	Matina	.....								
									a.m.	2 55	2 50	9 40	11 45		.....	Siquirres	.....							
									9 30	3 00	5 28	9 50	11 50		.....	La Junta	.....							
									9 40	3 00	5 28	.....	.....	La Junta	.....									
									4 50	6 25	.....	.....	.....	Guácimo Junction	.....									
									6 00	7 00	.....	.....	.....	Guápiles	.....									
									p.m.	p.m.	9 50	11 50		.....	La Junta	.....								
									a.m.	.....	.....	.....		.....	Florida	.....								
									5 00	.....	11 25	12 55		.....	Peralta	.....								
									5 45	.....	12 20	1 30		.....	Turrialba	.....								
									p.m.	6 25	.....	1 00	1 58		.....	Tucurrique	.....							
									12 10	6 50	.....	1 45	2 22		.....	Juan Viñas	.....							
									12 30	7 10	.....	2 15	2 42		.....	Santiago	.....							
									a.m.	1 00	7 40	.....	2 55	3 07		.....	Paraíso	.....						
									7 05	1 20	8 00	.....	4 40	3 25		.....	Cartago	.....						
									12 45	7 28	1 45	8 25	.....	5 35	3 55		.....	Tres Ríos	.....					
									9 35	5 10	8 15	1 10	7 50	2 10	8 45		.....	San José	.....					
									9 57	5 32	8 40	1 35	a.m.	a.m.	a.m.		.....	Heredia	.....					
									10 25	6 00	9 15	p.m.	p.m.	p.m.		.....	Alajuela	.....						
									a.m.	p.m.	a.m.					.....								

# ALAJUELA \* COSTA RICA

## José Figueredo

Importador de Géneros y Sombreros

— de todas clases —

**Almacén de Calzado**

*Ventas al por mayor y al detal*

## BOTICA DEL MERCADO

Depósito permanente de las famosas  
Gotas Concentradas de Hierro Bravais

Polvo COZA para curar el alcoholismo

**ZUCARINO**

excelente remedio para los animales  
flacos que orinan sanguinolento.

## PULPERIA Y TERCENA

DE

**MAURILIO ARAYA Q.**

(Antes de don J. M. Soto)

Es la casa más antigua y me-  
jor surtida de artículos de prime-  
ra necesidad.

**Cristalería ♦ Loza ♦ Ferretería, etc.**

**Precios módicos**

## Librería Alajuelense

DE

**Carlos Calvo Fernández**

**Agencia Tipográfica**

**Papelería \* Cigarrería**

Acaba de recibir un variado y com-  
pleto surtido de útiles para escuelas y  
oficinas que vende al mismo precio  
que en San José.

## Alejandro Fernández P.

Pasante de Abogado y Notario Público

OFICINA:

**Calle de Soto**

200 varas al Este del Jardín Central

## Sastrería CASTAING

Fábrica de los famosos

Sombreros de género de algodón

COLORES SURTIDOS

¢ 1-50 cada uno ♦ ¢ 16-00 la docena

SE ENVIAN LIBRES DE PORTE  
A CUALQUIER PARTE DEL PAIS

## Eladio Calvo Fernández

Agente y Comisionista

Prontitud y Esmero en el Despacho de Fletes  
Servicio de importación y exportación

OFICINA: "LIBRERIA ALAJUELENSE"

Apartado 28      Telégrafo: "Calvo"

## Carpintería

DE

**Ramón Muñoz M.**

**Fábrica de ataúdes  
y venta de maderas**

Precios Económicos y Esmero en los Trabajos

## Una Caja de Hierro

garantiza contra los ladrones y los incendios  
pero no contra los deudores morosos.

USTED

pierde cada año muchos colones en créditos  
que no puede cobrar y que no entran á su

## Caja de Hierro

Pero el SERVICIO MERCANTIL recobrará para

USTED

la mayor parte de ese dinero perdido y lo  
har  ingresar   su

## Caja de Hierro

Cuentas de Comercio,  
Pagarés,  
Honorarios,  
Préstamos,  
etc., etc.,

los cobrar  en cualquier punto de Costa Rica  
  del extranjero,

## EL SERVICIO MERCANTIL

Esquina Sur Este del Parque Central  
---   por Correo al Apartado 50 ---  
San José de Costa Rica

Negocios, comisiones, agencias, representaciones y

----- AGENCIA GENERAL -----  
DE ANUNCIANTES Y DE ASEGUROS